



1

LA VIDA AMBULANTE

Cuentan que a mediados del siglo XVIII –tiempo en que un tal Casanova hacía estragos– un corredor de comercio milanés se presentó en Venecia para atender ciertos asuntos. Era una noche brumosa y áspera; terminó perdiéndose. Se dirigió entonces a un par de gondoleros que fumaban distraídamente a los pies de uno de los incontables canales de la ciudad de San Marcos, preguntándoles qué camino debía seguir para llegar a la posada donde tenía previsto hospedarse. Uno de los gondoleros, tras examinarlo, intercambió sonrisas maliciosas con su compadre, y le soltó seguidamente: «¿Qué camino prefiere, el más corto, o el más bello?».

Caminar es mucho más que desplazarse; tampoco es un mero subterfugio para sudar. Un caminante no es un *runner*. Carece de ambiciones deportivas, y ni siquiera camina por adecentar la salud. De ahí que le sobre la comercial parafernalia que engalana al *runner*: su calzado de última generación, sus camisetas *ultratranspirantes*, todos los *gadgets* que cuelgan de su fibroso –o voluntarioso– cuerpo. Caminar no es un deporte: cuenta mucho el paisaje, el terreno que se pisa y el cielo que nos cubre;



cuenta la conversación si es posible, y el diálogo interior, en cualquier caso. Respecto a todas estas dimensiones, la trascendente, la interpersonal y la introspectiva, el caminante establece relaciones intelectuales y emotivas.

Se camina sin objeto, sin agenda y sin fruto. Quien camina no sufre premuras, no es rentable, no desea; *hace camino al andar*. Visto así, «andar es no hacer nada», pensarán algunos. Precisamente. El del paseo es un mundo de opciones voluntariamente reducidas, un preciado vacío de creación propia. Debería preocuparnos que cada vez a más jóvenes les parezca una actividad absurda –algo que solo emprenderían los personajes de una obra de Samuel Beckett–, y que haya quien se empeñe en trocar sus pasos por otros falsos en el metaverso. Nunca les disgustó tanto a los no adultos procurarse un paréntesis; a lo mejor no estamos sacando las oportunas conclusiones de ello.

Quien pasea desdeña el destino. Grita con Groucho, los pulmones hinchidos, que le paren el planeta, que él quiere bajarse. Abandona la rueda de hámster, se ausenta de todos los sistemas. Se desconecta para reconectarse. Caminar puede asemejarse a esa nueva vieja forma de decir «no» que encumbró en su día Gandhi, caminante moral e impertérrito; una queja personal y sorda contra los atropellos de este mundo. Una rebelión contra el atosigamiento del consumo, por ejemplo; pues ¿cuándo hace menos falta una tarjeta de crédito que caminando? Pasear es proclamar un breve imperio de frugalidad; es un antídoto contra el veneno de poseer, obtenido alzándonos contra nuestra condición inmóvil. Como además ya no *hay que* caminar casi nunca, hacerlo es una saludable burla a lo necesario.



La vida ambulante

El *homo viator* le da el relevo al *homo faber*. Caminar es hacerse a un lado, quedarse al margen de los productivos y los productores, abandonar la cola inmensa de la industriosisidad consumista en la que unos nos vamos «motivando» a otros. Esta marginalidad transitoria es un espacio ideal para replantear nuestra relación con el mundo, y para poder sacudirnos el resto de nuestros roles, pretendidos o impuestos, tanto da: la mánager, el consejero, el prócer, la *influencer*.

La versión de caminante a la que más se ha cantado es la salvaje. Quizá por ser la primera a la que forzosamente nos aplicamos, o quizá porque todavía bebemos con ansia de las fuentes románticas. *El caminante sobre el mar de nubes* que pintó Caspar David Friedrich sigue siendo el póster paradigmático del romanticismo. Sobre la tela se extienden picudas montañas, arboledas, una espesa niebla, el vasto cielo; la rudeza del viento se adivina en la moción de las nubes y el pelo alborotado de su figura central, el caminante.

Henry David Thoreau, autor de *Caminar* y de *Walden*, penetra en la naturaleza para entregarse a la simplicidad, para sentirse parte del todo y construir una pétrea y musgosa firmeza. Ensalza al caminante frente al caballero y nos dice que lo que no podemos permitirnos de ningún modo es no vivir en el presente. A alguno le parecerá que eso es justo lo que hoy más hacemos y más nos estorba, un *presentismo* abusivo. Pero no es así: lo nuestro es vivir en la actualidad, que es bien distinto. El nuestro es un hoy infectado de pasado y expectativas («con madera



de recuerdos armamos las esperanzas», dice Ortega), un ahora que en definitiva se nos escapa.

Thoreau realiza, a partir de su práctica caminante, una distinción decisiva entre lo que nos beneficia y lo que nos aporta un beneficio; cuestión nuclear que atañe a la filosofía que aquí nos interesa, que trata, en último término, de por qué merece la pena vivir y de qué manera hay que hacerlo. Caminar no sirve de nada, eso es cierto; pero puede llevarnos a *ser*. Paseamos entre sotos y riscos para re-crearnos, y para darnos cuenta de todo lo que nos sobra y de lo poco que importa. Soltamos lastre para dar con lo que nos particulariza. Cualquiera puede hacer mi trabajo y atribuirse mi patrimonio, pero de mi caminar, como de mi filosofar, solo puedo encargarme yo mismo. Y es por eso que tantos se encuentran y tanto se encuentra en el Camino de Santiago.

En *On Going a Journey*, William Hazlitt dice: «Salgo de la ciudad con el objetivo de olvidarla». Hoy no es fácil hallar terrenos sin desbrozar, pero merece la pena intentarlo. Alejados del adoquín y el asfalto y de las pantallas redescubrimos experiencias que nunca debimos arrumbar. Tener de nuevo hambre y sed de veras; buscar abrigo, herirse, padecer inclemencias, yacer exhausto: ser humanos de nuevo y darnos cuenta de que el mundo no se hizo para agradarnos. ¿Cómo lo desentrañaremos si no? ¿Y por qué habríamos de tomarnos la molestia, si pudiésemos no sufrir ni morir, como nos venden algunos?

Pero un momento: estamos en el siglo del confort, la fluidez y las facilidades. ¿Qué conseguimos extenuándonos? Quizás hallar la plenitud en un pellizco de pan y un trago de agua fresca; que nuestro propio apetito se convierta en el mejor de los condimentos; cauterizar las

pamplinas que nos divierten (es decir, que nos extravían). Y algo más: fundiéndonos con la naturaleza aparcamos por un rato la necesidad de ser alguien, para poder calibrarnos de manera objetiva. Escribe Robert Walser sobre esto: «En el fondo lo único que da orgullo y alegría al espíritu son los esfuerzos superados con bravura y los sufrimientos soportados con paciencia». Ponerse en camino es probarse, atarse al mástil de la naturaleza para ahuyentar peligrosas sirenas: el despiste, el egoísmo, la banalidad, la complacencia.

El vis a vis puede ser con la naturaleza, pero también con las calles. Sócrates, tal y como lo describe Platón, es un negativo de Thoreau, que llega a decir la barbaridad de que todas las cosas buenas son salvajes. Por contra, «el tábano» –así le pusieron sus coetáneos atenienses– afirma en *Fedro* que «los campos y los árboles no quieren enseñarme nada, pero sí, en cambio, los hombres de la ciudad». Sócrates es el paseante urbano por antonomasia, el que siempre está departiendo con otros, dejando caer su sombra por cada esquina del ágora; tal vez el primer filósofo ambulante. A ratos nos gustaría ser un Thoreau que se corona en la verde y silvestre espesura. Pero vivir así comporta un alto precio; uno de los más onerosos es tener que renunciar a la *polis*.

En el siglo XIX cuaja la *flânerie*, celebración de la errancia metropolitana, ociosa, hasta indolente, sí, pero aun así cargada de intenciones. Balzac la denomina «gastroonomía para los ojos»; entendamos que nació en París, que de *gourmets* nunca ha sufrido restricciones. Baudelaire